

8. LOS OBRAJES HUAMANGUINOS Y SUS INTERCONEXIONES CON OTROS SECTORES ECONOMICOS EN EL CENTRO - SUR PERUANO A FINES DEL SIGLO XVIII

Miriam Salas

Los obrajes son las unidades productivas, tal vez, más desconocidas de las que surgieron en la colonia.* Sobre ellos se han levantado algunos supuestos que hoy pretendemos corregir. Uno de ellos es la creencia de que los obrajes funcionaron como verdaderas "islas" gracias a su autosuficiencia en insumos productivos como de consumo. Por lo cual se supone no habrían tenido gran significación en la vida interna de las regiones donde fueron asentados. Tipificándoselos, en forma genérica, como "estancia lanar - obraje textil." Sin embargo, nosotros creemos que la realidad fue otra. De allí que el propósito del presente trabajo sea presentar cuales fueron las verdaderas relaciones que los obrajes establecieron con su región a través del estudio de sus necesidades de mano de obra y de medios de producción, y la posterior comercialización de sus manufacturas acabadas. Esta en sí estará determinada por la producción y otros factores concomitantes como la estructura de la propiedad, el ambiente geográfico donde fueron instalados, y el servicio que éstos prestaban a la estructura social dominante.

Su influencia no se limitó a las zonas donde fueron instalados. Los obrajes huamanguinos tuvieron la cualidad de integrar económicamente a diferentes regiones, pues establecieron relaciones comerciales dentro y fuera de la región para suplir las carencias habidas en la suya que de ninguna manera se podía declarar económicamente independiente al no gozar de solidez individual. Por lo que, no podían aislarles, sino más bien participar de las relaciones e intercambios interregionales ya habidos y crear nuevos movimientos y redes comerciales de acuerdo a sus propias necesidades. El crecimiento y crisis de las manufacturas huamanguinas se nutrieron de estos contactos. Por tanto, la referencia a ellos se hará obligatoria en el presente trabajo.

I. Geografía de la producción textil en Huamanga

Los centros manufactureros de la provincia de Huamanga estuvieron localizados en cuatro de los céntricos barrios de la ciudad de Huamanga, en los valles de los alrededores de aquélla, como en

Huamanguilla y Pacaicasa, en la provincia de Vilcashuamán y en Huanta.¹ Pero, los centros artesanales de la ciudad de Huamanga, algunos de los valles de los alrededores y los de la provincia de Huanta, en realidad no fueron obrajes en el verdadero sentido de la palabra, aun cuando sus propietarios insistían en bautizarlos de tales, como el de la Colpa en Huanta. Pues, al leer sus inventarios constatamos que no tenían batán, principal elemento de diferenciación entre obrajes y los llamados chorrillos. Asimismo, carecían de las instalaciones precisas, materiales y de la mano de obra suficiente constituyendo en realidad tejedurías de carácter doméstico o centros artesanales montados por los conquistadores. Lo mismo sucedía con los que se instalaron en el seno de la misma ciudad, porque como nos lo hacen saber constantemente sus libros de Cabildo, el agua elemento vital para darles movimiento a los batanes escaseaba y apenas llegaba a satisfacer las necesidades de la población; por tal motivo aun hoy las industrias no pueden progresar allí.

Los obrajes más importantes de la región durante el período colonial estuvieron localizados en la provincia de Vilcashuamán. Estos habían sido erigidos en los años setenta del siglo XVI, por los "encomenderos - vecinos y cabildantes:" Antonio de Oré, que fundó el de Canaria y luego el de Chincheros; Hernán Guillén de Mendoza que erigió el de Cacamarca, y finalmente el de Pomacocha fundado por el Arcediano D. Francisco de Oré, hijo del primero.² En la zona hubieron otros obrajes como el de Cochapata, pero los primeros fueron los más representativos y los que lograron sobrevivir durante los tres siglos de vida del virreinato peruano.

Vilcashuamán, ubicada en la región Quechua, entre los 2972 y 3200 metros sobre el nivel del mar, es zona montañosa. Donde la mayoría de sus pueblos no tuvieron otras posibilidades de asentamiento que en las faldas de los cerros, que limitó sus posibilidades de expansión tanto en terrenos cultivables como para vivienda. A lo que se sumó la escases del agua, que se agravaba por el hecho de ser en algunos sectores salobre.³

Dadas estas características, y a pesar de que su clima era bastante templado y propicio para que crecieran en ella la más variada gama de alimentos, y como para que en algunos de sus parajes, los menos calientes, pastearan gran número de cabezas de ganado, las limitaciones del terreno lo impidieron.⁴ Por lo que, los encomenderos no encontraron en esta provincia ningún recurso que se destaque por su abundancia y/o por su posibilidad de convertirse en dinero en el mercado. Otra conse-

cuencia era que los naturales no pudiesen cumplir muchas veces con toda la cuota del tributo en especie a que tenían obligación y que no tuviesen como pagar la parte del tributo en dinero que les correspondía. Dada esta situación adversa los encomenderos, haciendo uso de su gran espíritu empresarial inicial y de sus extensos privilegios como miembros de la élite de la sociedad huamanguina, optaron por la fundación de obrajes. Donde capturaron inteligentemente la excelencia textil de los "mit-maquna" que poblaban la provincia, y donde además los naturales de la región pudieran pagar su tributo en dinero con su trabajo.⁵ Empeño, en el que se vieron, aún más motivados por el descubrimiento de las cercanas minas de Huancavelica y Castrovirreyna que actuarían como futuros mercados de sus productos.

En la fundación de estos centros manufactureros contribuyeron también aquellas mismas condiciones ambientales tan adversas para el desarrollo de la agricultura y ganadería, pero que, en el caso de los obrajes se tornaban ventajosas: En primer lugar, su topografía, que al ser extremadamente montañosa favorecía la formación de fuertes caídas de aguas que se estrellaban en las "hondanadas", en los "pozos" donde los obrajes se fundaron, con cuya fuerza motriz se movían las pesadas ruedas de los batanes y molinos. Y, en segundo lugar, su clima templado, porque para el trabajo que se desarrollaba en estos centros manufactureros, ya sea, en una mayor proporción, en posiciones inertes o desplegando una gran actividad, el clima no podía ser extremadamente frío que los agarrotase, no caluroso que los agotase. Sin embargo, estas mismas condiciones ambientales hicieron que la lana, principal materia para su funcionamiento, escasease. Por eso se planificó de ir las a rescatar, como en los tiempos pre-hispánicos, a las punas y mesetas regionales e interregionales, bajo diversas formas de intercambio.

En esas regiones donde abundaban los ganados, no pudieron surgir los obrajes, por su topografía generalmente plana que no favorece la formación de caídas de aguas para los batanes. De la misma forma que su clima extremadamente frío impedía su surgimiento. Sin embargo, la producción textil no estuvo ausente de estos lugares y se especializaron en la producción de telas burdas. A la vez se convirtieron en abastecedores de otras zonas, entre ellas Vilcashuamán, gracias a sus excedentes laneros. Así, como también de esta misma materia prima semiclaborada, bajo la forma de *maquipuskas* o hilazas.

II. Estructura de la propiedad

Los tres grandes complejos manufactureros en los que principalmente basaremos nuestro estudio – Chincheros, Pomacocha y Cacamarca – discurrieron por una larga existencia que se remontaba a los años setenta del siglo XVI en que fueron fundados por miembros de la élite huamanguina. Estos al haber capturado el poder y la riqueza de la ciudad fueron consecuentemente los únicos hombres capaces de montar todo tipo de negocios. Les imprimirán en su transitar una técnica consecuente con sus ideas la misma que será acogida por sus descendientes, y por lo tanto, marcará el desenvolvimiento de la vida de los obrajes.

Sus fundadores, con las rentas que les generaron sus múltiples empresas, se dedicaron a emular a los nobles castellanos. Este padrón involucraba, además de la adquisición de algún título, la realización de una vida citadina llena de suntuosidad y placidez, y el servicio a Dios dentro de la "república de españoles." Esto les exigía la fundación de centros religiosos, actitud que originó su descalabro como grupo dominante. Luego del esfuerzo inicial, para alcanzar lo que se proponían, adoptaron una actitud pasiva frente a sus empresas, como si esa coyuntura inicial que ellos como grupo generaron se fuese a mantener en forma inalterable y su futuro les estuviese asegurado de por vida para ellos y sus hijos. Ello, la expiración de las vidas en que se les sancionó el disfrute de las encomiendas, la extensa prole de que cada una de estas familias se llenó y la llegada de Toledo que atacó cada uno de sus privilegios, hicieron que estas familias caigan en un gradual empobrecimiento pese a que se tomaron algunas medidas para socorrerlas, como la creación de pensiones en sus ex – encomiendas.⁶

Los herederos continuaron con la misma política de sus padres en la dirección de sus empresas, haciendo limitadas inversiones en su funcionamiento y sobre todo pretendiendo hacer descansar todo el proceso productivo en los indios como en el pasado. A tales pretensiones se oponían la aguda despoblación que afectó a Huamanga, la pérdida de las encomiendas y la participación de la mano de obra indígena de mayor número de personas.⁷ Para afrontar la situación el obraje de Chincheros optó por completar la yanaconización iniciada por su fundador Antonio de Oré.⁸ A partir de ese instante tanto los trabajadores como los directores del obraje no tuvieron mas nexo con las comunidades que el pago del tributo, situación que imposibilitó el que esta unidad de producción continuó descargando sobre ellas los más variados gastos tanto en el sostenimiento de la masa trabajadora como en el aporte de determinados

insumos necesarios para el proceso productivo y finalmente en la construcción y/o reconstrucción de sus instalaciones.⁹ Continuando los herederos con la costumbre de no invertir mucho en sus propiedades, imposibilitados por su declinación como grupo social, o impulsados por sus deseos de obtener una renta segura sin mayores trabajos, el obraje de Chincheros fue arrendado durante el siglo XVII a diferentes personas por cifras muy inferiores a los 5600 pesos alcanzados en el siglo XVI.¹⁰

Los obrajes de Cacamarca y Pomacocha se verían igualmente afectados por la despoblación que se presentó en la región en el siglo XVII. Como consecuencia el obraje de Cacamarca recibirá, alrededor de los años treinta de ese siglo, tan solo seis trabajadores de los 120 a que estaba acostumbrado, y el segundo, el de Pomacocha, habituado a trabajar con gente voluntaria, quedaría prácticamente paralizado. La despoblación y la defenestración de la antigua élite de la sociedad de Huamanga, involucraron a los obrajes en una severa crisis que se prolongaría hasta las últimas décadas del siglo XVII.

La decadencia se produjo, porque los obrajes no contaban con la mano de obra necesaria, que llevó a sus dueños a considerar que sus predios estaban extenuados. Las consecuencias de este descuido eran la degradación física de los mismos por la falta de inversiones, la ausencia de jurisdicción de los nuevos administradores sobre las comunidades y todos los beneficios que para ellos podía acerrar, a sí como el fraccionamiento en que algunos habían sido sometidos por disputas familiares. Esta crisis, cuyas causas serían esencialmente de carácter social y político, se produjo en una época que podría ser considerada como coyunturalmente favorable para el funcionamiento y desarrollo de los obrajes, al encontrarse las plazas mineras sino en su máximo esplendor del siglo XVI, sí en auge y en una situación bastante positiva para los mercaderes y cuando, como nos lo hace saber Pierre Chaunu, la administración española tenía enormes dificultades para organizar el servicio de Indias en su área monopolística.¹¹ Desde 1610 el número de buques de la carrera de Indias fue descendiendo regularmente hasta alcanzar el mínimo tonelaje en 1640.

A fines del siglo XVII los obrajes de Cacamarca y Pomacocha ya pertenecían a órdenes religiosas por sendos donativos que les fueron efectuados. El primero pertenecía a las monjas Carmelitas del Convento de Santa Teresa, por donación que les hizo el Tesorero D. Juan de la Maza a quien los herederos de D. Hernán Guillén de Mendoza se lo vendieron a mediados del siglo XVII, y el segundo a las Clarisas que luego de su fundación por Antonio de Oré recibió cuantiosos donativos

que las convirtieron en las dueñas de más de la mitad de las propiedades de Huamanga. Estas instituciones ensayaron entre darlos en administración a curas para que los administraran por ellas o arrendarlos. Situación en la que continuaron con una variante en el estilo que la constituyó el de Cacamarca, que se decidió en 1685 cederlo en arrendamiento enfiteútico por cien años al Noviciado de Lima por 4000 ps. aun bastante bajos en comparación a los que alcanzó el obraje de Chincheros en el siglo XVI, y más aun, si tenemos en cuenta sus importantes instalaciones. Pero su mano de obra escaseaba. Al comienzos el obraje de Chincheros, luego de una vida bastante inestable en el siglo XVII, fue vendido a la familia de la Vega y Cruzat, que formaba parte del nuevo grupo de poder instalado en la ciudad. Su cabeza, el General D. Joseph Manuel de la Vega y Cruzat tenía activa participación en la dirección de la ciudad a través del Cabildo.¹² De este modo volvía a la dirección de los obrajes por lo menos en este caso el antiguo molde ya apreciado en el siglo XVI: poder político vs. posesión de la riqueza.

Gracias al gran poder económico, político y religioso que las instituciones religiosas habían logrado en la sociedad, alcanzaron en aquellos años de tan aguda crisis poblacional cédulas que les permitieron contar con la mano de obra de los indios Condes de Pacamarca. A base de estos privilegios los yanaconizaron siguiendo el ejemplo de los directores del de Chincheros en lo que encontraron el respaldo de la Corona que los reservó de cualquier otro servicio.¹³ El cambio de propietarios pasivos a activos que, además, les inyectaron capital, la pervivencia en importancia de los centros mineros a donde acudían, la yanaconización de los trabajadores que les permitió a estos centros productivos lograr una continuidad en sus requerimientos de mano de obra especializada, junto con otros sistemas laborales que surgieron del pasado y nuevos que se inauguraron, coadyudaron para que los obrajes de Vilcashuamán alcanzaran un repunte inusitado. Este "despegue" que tiene lugar entre fines del siglo XVII y mediados del siglo XVIII, se produce cuando las plazas mineras de Potosí y Oruro, que habían reemplazado a Huancavelica, acusaban una secular línea descendente en su producción argentífera y un descenso paralelo de su población. No obstante, todavía eran bastante atractivos para los productores y en especial para los vilcashuamanguinos, pues sus manufacturas alcanzaron los más altos precios de su existencia.

Dentro de una nueva coyuntura, a fines del siglo XVIII, el obraje de Chincheros tuvo que cambiar de dueños, cuando los que lo poseían cayeron en los mismos vicios que sus dueños primigenios, quienes ante

su colapso se vieron forzados a venderlo al Marqués de Feria. El obraje de Pomacocha continuaba en poder de las Clarisas, que proseguían cediéndolo en arrendamiento. Y, el de Cacamarca, que era de las Carmelitas, pero sujeto a un arrendamiento enfiteútico en favor de los Jesuitas, pasó a manos de la Dirección de Temporalidades a partir del año 1767, cuando aquéllos fueron expulsados, hasta que cumplían los 100 años estipulados por el contrato. Aparentemente, el cambio de propietarios en este último nos haría encontrar fácilmente en ello las razones de su descalabro. Pero hurgando más allá y viendo la situación en conjunto de los obrajes, veremos que en estos momentos las causas de su crisis no se encontrarían como en las primeras décadas del siglo XVII en la propiedad, sino en la coyuntura económica por la que atravezaba la región.

III. Estructura de la producción

Los obrajes de Huamanga asentados en la provincia de Vilcashuamán, continuaban siendo a fines del siglo XVIII unidades de producción de tipo mixto, característica que se había acentuado, por sus mayores necesidades tanto de insumos productivos como de consumo. Sus propiedades anexas se incrementaron ampliamente, en base a importantes inversiones que sus nuevos poseedores hicieron en ellas. El obraje de Pomacocha contaba con las haciendas anexas de Chami y Champacancha; el de Chincheros con las de Llocolla, Pacamarca y Ucuscha; y el de Cacamarca con San Joseph de Queques, Astania y la Colpa que aunque en realidad se dedicaba a la producción de otro producto altamente comercializable como el azúcar, era considerada hacienda anexa al obraje seguramente porque para la producción de sus aproximadamente 300 panes anuales no se necesitaban de mayores insumos ni de trabajadores.

Así, a los obrajes podríamos dividirlos en cuatro claros sectores: uno dedicado al abastecimiento alimenticio de los trabajadores; otro a la elaboración de artículos destinados al mercado; un tercero destinado al acarreo de los insumos necesarios para el proceso productivo y de los resultados de éste al mercado, aunque los administradores lo involucraban en el sector anterior; y yo, finalmente, me atrevo a nombrar otro constituido por las capillas que se erigieron en todos los obrajes, y que, a pesar de los fuertes gastos que generaron, constituían un importante mecanismo de sujeción de los trabajadores. Todos en conjunto conformaban la estructura de producción de estos núcleos productivos.

1. Sector de la subsistencia

Los requerimientos de mano de obra de los obrajes eran menores que los de las minas, pero mucho mayores que los de las estancias ganaderas, agrícolas y plantaciones de caña en los Andes. El volúmen de la población trabajadora ya no giraba alrededor de los 500 como en el siglo XVI, ahora se ubicaba entre los 200 y 300 personas. Estas cifras envolvían a los controladores de la producción, administrador, mayordomos de las haciendas anexas, capellán, etc.; los yanaconas y sus familias; los trabajadores alquilas estacionales; los mozos blancos y mestizos; y los presos destinados a los obrajes como castigo. Debemos señalar, que fuera de sus instalaciones en los pueblos aledaños y en el Collao había buen número de personas que en sus casas trabajaban para los obrajes de Vilcashuamán elaborándoles *maquipuskas* o hilazas, aun cuando su subsistencia no dependía del obraje. Sería interesante descubrir cuantas personas se empeñaban en estos trabajos y que tiempo les exigía el envío anual de estas *maquipuskas* a los obrajes. Sus altos valores pagados exclusivamente en dinero les servían a estos hiladores al igual que a los alquilas para pagar el tributo o los repartos de mercaderías que les hacían los corregidores. Por lo que esta contribución de los pueblos para con los obrajes era netamente compulsiva. Sin embargo, para los corregidores los obrajes se constituyeron en una segura fuente generadora de sus ingresos. Los arrieros sería otro grupo que desde fuera trabajaría activamente en el desarrollo de los obrajes.

A pesar de que a los controladores de la producción sus salarios les fueron tazados en pesos, muchas veces se les daba a cambio de ellos los frutos que salían de las haciendas anexas y del obraje mismo en precios que excedían a los del mercado y en este sentido su situación era equiparable a la de los trabajadores indios, y los alejaba del administrador. A los yanás la mayor parte de su salario se les pagaba con especies a excepción del tributo, obenciones, diezmo, misas y uno que otro peso que los trabajadores recibían directamente cuando tenían a su cargo las tres o cuatro fiestas que se celebraban en los obrajes anualmente, aunque en realidad estos pesos junto a los otros rápidamente revertían a la economía española. Sus sueldos se les completaban con lotes de tierra que se repartían a los jefes de familia, quienes destinaban a ellos parte de los cereales que recibían como semilla. No obstante todo ello, los yanás vivían prácticamente al nivel de subsistencia. A los presos se les mantenía en las condiciones pesimas. A los trabajadores alquilas, que generalmente se les pagaba en vales para el corregidor, una parte de su

sueldo, destinada a mantenerlos durante su estancia en el obraje o haciendas, se les pagaba en especies.

Se acostumbró, por tanto, que toda la producción de las haciendas anexas estuviera destinada al pago de sueldo y al pasto diario de la plana administrativa. Aun cuando muchas veces su producción fuese mayor a lo necesitado, se prefería almacenarla que venderla con el fin de prever una posible escasez en el año siguiente. Esta política se derivaba de las cíclicas sequías, a veces excesiva abundancia de aguas o plagas de langostas que azotaban la provincia cuya escasa tecnificación hacía que la producción dependiese ampliamente de la naturaleza. Solamente bajo la presión de los negativos fenómenos naturales y ante la necesidad de completar los volúmenes de alimentos necesarios para la subsistencia de sus trabajadores, los administradores acudían al mercado para abastecerse de los alimentos necesarios, ya sea por dinero o el trueque de aquellos por telas. Los obrajes a diferencia de las minas no generaron en este sector grandes efectos de arrastre económico ni regional ni inter-regional, porque se buscó producir la más variada gama de alimentos, con el fin de evitar al máximo todo contacto con los mercados que les significasen desembolsos monetarios. Sólo la sequía, inundaciones o plagas, y la necesidad de productos accesorios los frenaban en su empeño.

La producción agropecuaria en las haciendas anexas estuvo organizada y determinada por los hábitos de dieta de la población trabajadora. La mayor atención la ponían en la producción del elemento base de la alimentación, es decir, el grano constituyendo la base de la dieta de los yanas y sus familias y de los demás trabajadores inferiores, que los consumían por su alto valor calórico. El trigo, en el siglo XVIII, había dejado de ser consumido en forma exclusiva por los españoles y los indígenas habían asimilado ya su consumo. Las cosechas de este cereal eran compartidas tanto por los controladores de la producción como por los trabajadores. Las cosechas del trigo eran tan solo un poco inferiores a las del maíz que continuaba siendo el principal pilar de la dieta de los naturales, sin que después de tan largos años de convivencia con el indígena los criollos y españoles hayan aceptado en su mesa a este alimento. La cebada, si bien se cultivaba, no era consumida por ninguno de los dos grupos; ésta se destinaba a la alimentación de los caballos y mulas y sólo se recurría a ella como alimento de humanos cuando los otros cereales escaseaban. La dieta de los trabajadores era completada con muy escasa carne de vacuno fresca la que se les repartía con ocasión de las fiestas, que coincidían con las épocas de cosechas cuando igualmente se les repartía abundantemente los cereales. En este punto la diferen-

ciación social se hacía nuevamente presente, porque el gasto de carne fresca de vacuno y de carnero que para los naturales se limitaba a los días de fiesta, en la mesa diaria de la plana administrativa no faltaba y ocasionalmente se la reemplazaba por la más apreciada carne de ave. A los indígenas su porción de carne se les completaba con cecinas elaboradas en las mismas estancias, las que generalmente se les repartían acompañadas de papas, ají y sal. Estos dos últimos productos eran de procedencia foránea. El ají se compraba en Cocharcas o Huamanga y la sal procedía de las salinas de los pueblos del obispado de Huamanga. El cebo, que obtenían de la matanza de las reses y carneros, también se aprovechaba en el reparto para sus funciones religiosas en porciones tales que era para lo único que alcanzaba. También se usaba en el alumbrado de las oficinas de los obrajes. Este reparto se completaba con algo de cera de Piura que se adquiría en Lima o en Huamanga. Los productos lácteos procedentes de sus estancias eran ampliamente utilizados en la alimentación de uno y otro grupo, constituyendo para el indígena otro importante rubro para su dieta. Las frutas y hortalizas que también se cosechaban en sus huertos se les repartía escasamente. El uso de azúcar tomó diferentes rumbos en cada uno de los obrajes. Curiosamente en el de Chincheros donde no se producía se la intercambiada por telas para repartirla, o, por último, se la compraba. Pero en el de Cacamarca, donde sí se la elaboraba, se repartía a los indios solamente los residuos de su producción bajo la forma de mieles, alfeñiques y guarapos, para que los volúmenes comercializables de las arrobas de azúcar no disminuyan y se utilizasen racionalmente aquéllos con poco valor adquisitivo en el mercado.

Era en las fiestas religiosas, cuando se repartía a uno y otro grupo los vinos y aguardientes de uso tan generalizado, que necesariamente tenían que comprar, ya sea en Ica, Palpa, Huamanga o Cocharcas. La coca, como producto alucinógeno y reparador de energías, repartida frecuentemente a los obrajeros durante el siglo XVI, había desaparecido de los repartos.

Asimismo, todos los trabajadores estaban obligados a hacerse cargo de una parte de los tejidos manufacturados en los obrajes. Con los mismos, que se les pagaba a los maestros especializados en determinados oficios, como: tejeros, purgadores del azúcar, albañiles, carpinteros, etc. que ocasionalmente llegaban a estos centros productivos. Las frazadas sólo se repartían a los indios que como mayordomos tenían a su cargo las festividades, para que con ellas pudieran comprar toros y otros menesteres para sus fiestas. El sistema de funcionamiento de los obrajes

apoyaba o más bien incentivaba este tipo de dispendio porque los trabajadores con el afán de obtener lo necesario para éstas se convertían en seguros agentes de ventas de sus productos. A éstos del mismo modo se les repartía ruanas, bretañas, cintas, etc. importadas para sus disfraces, con lo cual todo este sistema de reparto, dio lugar a un folklore tan particular en cada una de las regiones.

Por tanto, el sueldo de la mayor parte de los trabajadores incluía su subsistencia que se les pagaba en especies sobrevaloradas. Los productos del obraje y los que se compraban se les cargaba por regla general al doble de su precio puesto en el mercado. Para los trabajadores yanas, gentes desarraigadas de sus comunidades por completo, incluía, además, un pedazo de tierra de cuyo uso podían disfrutar sólo mientras su trabajo en la unidad de producción fuese activo, sin que la causal de su inactividad sea el encontrarse en la categoría de impedido en cuyo caso el disfrute continuaba. Si para el personal directivo el resto de su salario que no era cubierto por especies se les pagaba en dinero libre de todo gravamen, para los yanas éste estaba destinado a pagas fiscales y eclesiásticas que se les habían impuesto en forma obligatoria y compulsiva y una muy pequeña fracción para solventar las fiestas religiosas, sistema con el que el dinero retornaba rápidamente a la economía de los españoles y también algunas especies que se les repartía exprofesamente. El trabajo en los obrajes quedaría reducido a un sistema general de trabajo compulsivo donde la presión económica y extra-económica lo hicieron posible. Por último, por este sistema salarial que se seguía en los obrajes, éstos necesitaron estar íntimamente interconectados a la agricultura y ganadería para poder subsistir.

2. Sector de la producción

Si hemos visto que con los insumos de consumo las interrelaciones con el mercado regional fueron casi nulas con los insumos de producción sucederá todo lo contrario, y a medida que pasaron los años fueron creciendo dado que buscaban de mejorar la calidad de sus tejidos. Así, las telas que se fabricaban en el siglo XVI, como el sayal, cordellate y las jergas de factura bastante ordinaria, en el siglo XVIII los obrajes de Vilcashuamán ya no producían las dos primeras y se había llegado hasta a desconocer su técnica de fabricación. Estas telas se habían reducido a la producción casera y Jauja se había especializado en ellas. Los obrajes de Huamanga habían reemplazado esos géneros por bayetas, pañetes y continuaban fabricando la jerga como salida a las lanas de deshecho que

a todo obraje llegaban.

En Vilcashuamán, pese a que existían rebaños de ganados de todo tipo y de propiedad tanto de indios como de españoles, no se cubrían todas las necesidades de lana de los obrajes porque los hatos de ganados no sobrepasarían las 2000 cabezas, necesitando los obrajes de muchísimas más, como más adelante veremos. Los obrajes desde el siglo XVI, como una respuesta racional frente a las perspectivas que la naturaleza les brindaba, se organizaron como verdaderos complejos productivos donde se yuxtapuso la agricultura y la ganadería al servicio de la actividad principal de la unidad, la fabricación de telas. Esta predominaba sobre los otros sectores por estar destinada su producción al mercado citadino y extraregional. En los primeros años de su existencia los dueños de los obrajes destinaron los cereales y frutos de sus sementeras a satisfacer los salarios de los trabajadores y a enviar sus cereales y los procedentes del tributo a las punas de los alrededores, carentes de ellos por sus mismas condiciones ambientales, a rescatar lanas.¹⁴ Así Parinacochas, Chocorvos, Vilcancho, Cangallo, Onqoy, Pacomarca, Castrovirreyna y Huancavelica se convirtieron en sus principales abastecedoras.¹⁵

A fines del siglo XVI, este ventajoso sistema de intercambio fue reemplazado por otro que les traería mayores beneficios, por el que se hacían llevar la lana hasta el mismo obraje por mercaderes españoles o indios. A estas les pagarían meses después con tejidos elaborados con su propia lana y con el escasamente recompensado trabajo de los indios. Mientras el proceso productivo duraba, los cereales podían ser comercializados en el mercado de la ciudad.¹⁶ Y, al reducirse a muy poco la inversión de sus poseedores en este sistema de cambio, sus ganancias podían ser mayores.

Sin embargo, luego de producirse la aguda crisis poblacional en la región, y habiéndose optado por la yanaconización en la mayor parte de los obrajes y con la abolición del tributo en especies, la inversión en los insumos de producción tendrá que crecer necesariamente. Porque los granos y frutos que salían de sus sementeras estarán destinadas a partir de este momento a satisfacer la subsistencia de sus trabajadores.

Por ello, la lana en una tercera y larga etapa tendrá que ser adquirida generalmente a cambio de dinero, aun cuando el pago fuese a plazos. Son muy raros los casos en que hayamos encontrado el trueque como medio de transacción; éste sólo renacerá en la aguda crisis desatada en los últimos años del siglo XVIII. Desconocemos por que motivo exacto las punas de los alrededores de Huamanga fueron dejadas de lado

y se fue a rescatar lanas a regiones muchísimo más apartadas, convirtiéndose en sus principales abastecedoras las mesetas de Bombón y el Collao. La zona de influencia de la primera alcanzaba toda la provincia de Lima, un poco más al norte, y hasta Ayacucho por el sur. La del Collao abastecía los obrajes del centro-sur peruano incluida Huamanga, Cuzco, Arequipa y el mismo Puno.

Las lanas del Collao eran tipificadas por los obrajeros como las mejores; las preferían porque las lanas de Bombón eran más grasientas. Por lo tanto, mermaban mucho más y, además, porque estas generalmente venían mezcladas con piedras, paja, y otras "porquerías" con lo que el valor de la arroba de lana subía al mismo ritmo que el de la merma. Pero no solamente por ello eran menos apreciados las lanas de la Sierra central, sino porque sus dueños la cotizaban a precios más altos que la del Collao. El arrieraje, por otro lado, a pesar de que las distancias eran más cortas costaba, igualmente, más. A lo que se sumaba la reticencia de los arrieros, a transitar esa ruta a la que habían bautizado de "camino tormentoso." Por ello, y a pesar de que las lanas blancas del Collao les irrogaban mayores gastos en el teñido, pues se tenía que gastar más tintes, salarios, lejías y leñas que dependía de la existencia constante de alfalfa para las mulas chamiseras, en el balance general se preferían.

Si apreciamos los Cuadros Números I y II, corroboraremos todo lo dicho. Para el obraje de Cacamarca la principal zona abastecedora era la del Collao y los mayores volúmenes de lana que entraban eran de la lana blanca sobre la negra. Los años donde más merma se produjo fueron el 1767 que no puede ser considerado normal porque ese año se produjo la transferencia de la propiedad de los Jesuitas a Temporalidades, y las lanas que se encontraron estaban picadas y podridas. Igualmente, en el año 1774 la merma fue grande, a pesar de que toda la lana fue del Collao. Ello se debió a que el obraje ese año tuvo dos administradores, cada uno de los cuales le imprimió un rumbo diferente. En los años 1771 y 1780-83 la mayor cantidad de la lana procedía de Jauja y la merma fue realmente considerable. Ahora bien - ¿por qué se rescataba lana de Jauja no obstante que se conocía su desventaja? Estas son al respecto las palabras de un administrador de este obraje, Manuel Ruiz de Ochoa, vertidas en el año 1782: "...la mala calidad de la que dentro de Jauja y este es otro perjuicio que sufre la administración ... pues lavada merma mas de un 100 por ciento quando las del Collao la mas de ellas un 20 por ciento menos..." Aun cuando la merma de la lana de Jauja ni la de Callao alcanzaban esos porcentajes como hemos

probado, los administradores eran conscientes del perjuicio que significaba para ellos el adquirir la primera. Sin embargo, las condiciones atmosféricas y políticas los obligaban a acudir a ella sin la cual la manufactura no podía andar. Así, los años 1771 y 1780-83 fueron coincidentemente años de sequía, a lo que se sumaría a partir del año 1781 la revolución de Túpac Amaru que imposibilitó toda la comunicación con el sur.

Las sequías tenían una incidencia negativa en el abastecimiento normal de las lanas para los obrajes, porque éste corría a cargo de las recuas de mulas de los arrieros que eran habilitadas por los administradores de los obrajes en los últimos meses del año anterior a iniciarse el proceso productivo, para que puedan salir a rescatarlas, una vez que hubiesen efectuado sus siembras. El camino lo recorrían en los últimos y primeros meses del año, pues buscaban completar el circuito en la estación de lluvias, que cubría la ruta de pastos, imprescindibles para avituallar a las mulas que desde el siglo XVII habían reemplazado a las llamas. La escasez de lluvias y consecuentemente de pastos ocasionaban el enflaquecimiento y muerte de las recuas, quedándose las cargas tiradas por el camino, lo que perjudicaba la normal marcha del proceso productivo. Las lluvias tampoco eran una bendición total, pues las torrenceras con su furia desbarrancaban a animales, peones y carga. No obstante, era preferible viajar en época de lluvias. La experiencia se lo demostraron a los administradores y las cifras nos lo demuestran a nosotros, cuando vemos que las mermas en los viajes de rescates de lanas, sólo alcanzaban una media de 2.2 por ciento, sobre el total de recibos.

Para los obrajes vilcashuamanguinos las mesetas señaladas eran sus principales abastecedoras, aunque los obrajes de Chincheros y Poma-cocha, todavía acudían a las punas de los alrededores porque contaban con menos recuas de mulas propias, y tentaban la utilización de sus exiguos ganados lanares para completar los volúmenes de lanas que necesitaban para su producción. Sin embargo, lo máximo que pudieron conseguir fueron diez arrobas, mientras que el obraje de Cacamarca que contaba con alrededor de 600 cabezas, jamás se tomó la molestia de usar un gramo. Para obtener 1000 arrobas de lana en esa época se necesitaba trasquilar aproximadamente 17000 cabezas de ovejas, lo que, además, nos demuestra los bajísimos rendimientos de los animales que eran de tipo "churro," y a que el fino merino no ingresó al Perú. Aun así, estos rendimientos no eran tan bajos como los de Cajamarca donde la esquila de 23700 rendía sólo 529 arrobas.¹⁷ Por ello pensamos que

deben haber existido muchos obrajes en el espacio del virreinato peruano que necesitaron abastecerse de arrobas de lanas extras si querían hacer crecer su producción, y por lo tanto promovieron en su consumo de lana relaciones comerciales o interregionales, como en el caso de los de Vilcashuamán, aun cuando se encerrase en el mismo complejo la producción de la lana y su manufactura. Las grandes necesidades de lanas de los obrajes quedan ejemplificadas en el Cuadro No. I.

Mientras se esperaba la llegada de las lanas, se efectuaban las siembras tanto en las haciendas anexas como en las parcelas de los yanas. Asimismo, se aprovechaba el tiempo para "calzar" todos los utensilios del obraje como del trapiche (si lo tuvieran) y de las herramientas de las haciendas anexas. Es aquí, donde intervienen el acero de corconilla de Milán, el fierro platina y el bergayón de Viscaya, el estaño y el cobre. Los tres primeros venían de Europa vía Lima - Huamanga y el cobre de producción interna lo compraban a los indios Querobamba de Oruro y otros.

De las cardas que anualmente se debían renovar, solamente se importaba el hilo de fierro para hacerlas aquí. Lo mismo pasó, con los herrajes que se necesitaban para habilitar las recuas de las mulas chamiceras o de carga.

Una vez ingresadas las lanas, inmediatamente se lavaban. Las mermas que se producían en este sentido eran bastante cuantiosas y alcanzaban una media del 45.4 por ciento sobre el total, lo que casi duplicaba su precio. En la formación de su precio se debía tener en cuenta ello, así como la poca cantidad de mano de obra que se necesitaba para su explotación, y también los escasos insumos que requerían a diferencia de lo que sucedía con los obrajes. Finalmente creemos que la idea de una sobreabundancia debe ser dejado de lado, pues su abundancia en un lapso de tiempo determinado no debemos extenderla en forma genérica y simplista a todo el virreinato.

Luego del lavado, cardado y hilado de las lanas venía el tejido de las telas. Con las hilazas de los alrededores o del Collao, que eran más finas y consistentes, se preparaba la urdiembre y con las arrobas de lana en bruto se hilaban las tramas en los tornos que eran menos perfectas.

Los volúmenes de telas tejidas en el obraje de Cacamarca entre 1767, que sólo engloba el trabajo de tres meses, y 1785 oscilaron entre 51335 y 2480 varas en el penúltimo año del ciclo, aunque no está demás señalar que en 1756 su producción alcanzó las 70177 varas. El de Chincheros entre 1777 y 1799 produjo en su momento más alto 28940 varas para descender a fabricar en el último año del ciclo tan solo 1536,

mientras que el obraje de Pomacocha en 1769 bordeaba las 30000 varas.¹⁸ Estos volúmenes de producción de los obrajes de Vilcashuamán, en un periodo que puede ser considerado de declive, se verían engrosados por buen número de centros artesanales medianos y pequeños y por las telas de lana y algodón de factura casera. Por lo tanto, creemos que a la luz de las cifras, se debe reconsiderar todas las apreciaciones y especulaciones que sobre la producción de los obrajes del virreinato se han hecho hasta el momento. Esto vale en especial para la zona de Vilcashuamán a la que los historiadores económicos, cuando tangencialmente se refieren al tema, la obvían o simplemente la consideran poco significativa por el hecho de carecer de lanas.¹⁹

Según nosotros hemos observado en el obraje de Cacamarca no todas las telas que se tejían se beneficiaban y teñían totalmente, quedándose un buen volumen en la condición de "xergas." Así del total del ingreso conformado por las tejidas del año y las existencias de los años anteriores sólo se teñía un 42.9 por ciento.²⁰ La etapa del teñido era de las más costosas y pesadas. Las telas de los telares pasaban al batán para ser desengrasadas y tupidas, apelmadas con tierra alcalina, colpas blancas y negras, disueltas en agua caliente y orín, para finalmente pasar a lavarlas y teñirlas. El abastecimiento de colpas a los obrajes era un negocio exclusivo de los pueblos de indios Quilla, Colca y otros, a cambio casi exclusivamente de dinero, aunque en épocas de crisis no les importara recibir por ellas telas. La magnitud de las necesidades de colpa eran bastantes considerables.

De toda la masa de telas beneficiadas del año, sólo un 6.0 por ciento, constituido por las piezas de jergas, no se teñían. Eran las bayetas y los pañetes los únicos que recibían tal baño. Los materiales con respecto al siglo XVI se habían enriquecido, pues el uso del añil y del brasil, que en ese primer siglo no se utilizaron, era corriente. Estos venían por las dos "costas." Lima monopolizaba la venta del que venía por el Pacífico, y los de la otra costa fluían libremente por el sur. Sus precios eran bastantes elevados, muchas veces escaseaban y esta escasez ocasionaba un alza desmedida, por lo que, se buscaba tener una buena cantidad de existencias para asegurar la continuidad de la producción.

El obraje de Chincheros utilizó además del brasil el magno, producto regional cosechado por los naturales. La tara, otro producto regional, también se empleó y en mayor proporción que cualquier otro colorante por su baratura. Los obrajes se abastecían de ella a través de los indios de Huanta, Viñaca y de los arrieros que por su cuenta también la compraban en los pueblos de indios de los alrededores y luego la vendían a

los obrajes junto con la sal.

En base a estos tintes los obrajes de Vilcashuamán alcanzaron gran variedad de colores llegándose a lograr ocho tonalidades por año. Muchas veces, se dieron el lujo de florear sus telas para conseguir mejores precios y ventas. Los administradores tenían muy en cuenta los gustos de cada una de las plazas a las que iban dirigidas sus telas, de acuerdo a los que preparaban exprofesamente las remesas.

Los obrajes, como hemos visto, fueron grandes consumidores de insumos de producción y en este caso el arrastre económico regional o interregional es bastante significativo. Estancias laneras dependieron de ellos y de los chorrillos, exclusivamente, en su marcha. Muchos pueblos de indios estaban supeditados al abastecimiento de diversos insumos que les pudieran hacer, para pagar sus tributos, repartos y otras cargas civiles y religiosas, así como para generarse algunos ingresos extras. No debemos dejar de mencionar aquí que, por otro lado, los obrajes fueron las más importantes unidades de producción de la provincia de Vilcashuamán y a donde acudían la mayor masa reclutada entre la población para satisfacer el tributo. Este y el resto de exacciones que les fueron impuestas a los indios por los españoles los obligaron a participar en la creación y desarrollo del mercado interno.

Creemos que con este breve panorama del proceso productivo hemos demostrado los grandes esfuerzos que los obrajes tenían que hacer para abastecerse de las materias primas y semielaboradas necesarias. Un autoabastecimiento total era imposible por la variada gama de productos que precisaban, no igualada por ningún otro tipo de unidad de producción. Ellos se abrieron a la economía regional e interregional, abarcaron zonas vastísimas para lo que montaron la infraestructura de transporte imprescindible, de la cual al decir de los administradores dependía la vida de ellos. Las regiones a donde acudían con sus recuas, las desencerraron para sí, tanto como las de los alrededores que fueron importantes abastecedoras de ellos. Sin embargo, sus extensas relaciones regionales internas no los librarían de sus necesidades de productos extra-virreinales. Los obrajes desde el siglo XVI fueron creadores de circuitos comerciales y del mercado interno y los que nutrían de la mercancía dinero a las provincias, al ser las minas sus más importantes plazas.

3. *De la comercialización*

Las telas fabricadas en los obrajes de Huamanga tenían como destino principal el mercado, seguido por la necesidad de cubrir los sueldos de sus trabajadores y una débil utilización en implementos como costales, prensa, etc.

En la economía colonial dada la estrechez del mercado y la poca vinculación entre una región y otra, así como por el elevado grado de autosuficiencia de las economías campesinas, el productor obrajero tenía que organizar y llevar a cabo diferentes labores de comercialización. Esto era necesario tanto para abastecerse de insumos como para la venta de sus productos. Para cumplir con esta última función, los obrajes debían tener sus propios "factores" en las plazas mineras y ciudades, enviar sus peones a las ferias, contar con sus propias recuas de mulas o tomarlas en alquiler, lo que les irrogaba fuertes gastos, y, finalmente, preocuparse por conseguir compradores dentro de la gran competencia que se produjo entre los mismos obrajes, entre éstos y los chorrillos, y entre los dos últimos y las telas europeas, aunque la presión de éstas fuese más leve.

La producción de los obrajes de Vilcashuamán se mantuvo más o menos estable desde las últimas décadas del siglo XVII hasta las postrimerías del siglo XVIII en que comenzó a decaer. Su crecimiento se debió al gran aliciente que para ellos representaron los mercados de Potosí, pero sobre todo el de Oruro, los mercados regionales y el de los corregidores. Las plazas mineras desde los años ochenta del siglo XVII fueron su principal impulso. Pese a que ellas ya no estaban en pleno auge, los productos de los obrajes alcanzaron precios bastante altos que no se alejarían mucho de los buscados paños de Quito. Pero a medida que la crisis minera se fue acentuando, el declive de los obrajes la acompañó. Potosí en el periodo que estudiamos había sido completamente abandonada como plaza, porque ésta en 1776 ya no era la sombra de lo que había sido. Su población había disminuido en un 80 por ciento con respecto a los días gloriosos del siglo XVII.²¹ Lo mismo sucedía en Oruro. Por ello las ropas tanto del Cuzco como las de Huamanga no podían tener rápido expendio "...asi por lo calamitoso del tiempo como por la cortedad del lugar, y su deplorable constitución y atraso del mineral y comercio..."²² Por ello el precio de las varas de telas había descendido a menos de la mitad de lo que se vendía a principios del siglo.

En el siglo XVIII el libre comercio, el contrabando y las importaciones de los productos especialmente manufacturados se dejaron sentir en

todo el virreinato, pero evidenciándose en primer lugar en las regiones mineras. Muchos autores encontraron en este ingreso de ropas del otro lado del Atlántico la razón de la decadencia de las manufacturas locales. Sin embargo, la situación exige un análisis más profundo que involucre las relaciones regionales internas. Al revisar las cuentas de los factores de obrajes en Oruro, vemos que la mayor parte de la ropa salida de ellas estuvo destinada a la masa trabajadora. Los principales compradores de ropa al por mayor en las plazas mineras eran corregidores, gobernadores, hacendados, etc. para repartirla o darla a los indios en parte de pago de sus sueldos. La ropa europea tenía precios inalcanzables para el trabajador indio. Aunque si la abundancia de textiles importados los obligaba a bajar, ésta en cadena forzaba a la ropa peruana a descender. En el ahora corto mercado de los minerales la principal competencia para las telas de los obrajes la constituyeron, no los géneros europeos, sino la ropa de los chorrillos y de factura casera esencialmente por su baratura, pues costaban menos de la mitad de los ya bajísimos precios de telas de los obrajes. Como el testimonio de un enterado en la venta de ropa de obrajes, vertido en el año 1777, lo corroborará: "...no es dudable que el estado en que se hallan las cosas de veinte años a esta parte por lo que ha bajado el precio de la ropa de los obrajes a causa de los muchos chorrillos que se han erigido en todas partes no tiene cuenta el laboreo de estos..."²³

Esta competencia se produjo porque aquí no existieron gremios como en Europa que agrupen a los diferentes productores para protegerse contra la aparición de nuevos centros manufactureros que al inundar el mercado con grandes volúmenes de telas ocasionaran la caída de los precios y por tanto de su beneficio social. Por el contrario, todos los productores actuaban como verdaderas islas que se hacían la competencia unos a otros lo que impedía la formación de un precio de monopolio como en el mundo feudal.²⁴

En el siglo XVI, evidentemente, hubo un monopolio del mercado ejercido por el grupo encomendero. Pero las cosas fueron cambiando con el paso de los años, especialmente, para la producción textil. Si bien en el sector de bienes alimenticios continuaron siendo los terratenientes los principales abastecedores del mercado al habérseles cercenado cada vez más la propiedad sobre la tierra a las comunidades, en el campo textil el monopolio pudo ser roto por la aparición de tejidos de fabricación casera, comunal o de los chorrillos. Esto fue factible por la habilidad generalizada de los indígenas en el tejido, porque para ejecutarla en las condiciones en que se llevaron a cabo, no se necesitaba de grandes

espacios de terreno, ni de mayores bienes de capital. Más bien utilizaron en la producción la lana de sus carneros de la tierra que los obrajes, como ya hemos visto, no emplearon y tintes vegetales que abundaban en la región. Materias primas, que al no tener salida y/o valor en el mercado fueron racionalmente utilizados por ellos. El uso de estos materiales y el coste del trabajo familiar o comunal que no lo tomaban en cuenta al momento de formular el precio, hicieron que sus productos sean sustancialmente más baratos.

Si la producción de uno de estos centros podía ser cincuenta o más veces menor que la de un obraje, y por lo tanto, no representar individualmente mayor peligro, sí lo eran, porque en realidad éstos brotaron por todas partes y el volumen sumado de todos es el que ocasionó el descalabro de los obrajes. A lo que se añadió la supresión de los repartos de los corregidores, la contracción del mercado minero y las cíclicas crisis agrícolas, como la que se dejó sentir el año de 1780 y que se agudizó en el de 1783.

¿Cuál fue la reacción de los obrajes frente a esta situación? En primer lugar, la marcha de los obrajes continuó a ritmo normal. La producción de estos centros manufactureros le llevó largamente la delantera al consumo, lo que acarreó la generación de grandes existencias, que se acumularon año tras año. No existía una adecuada relación entre la oferta y la demanda, había un predominio de la primera sobre la segunda, porque el productor continuaba fabricando para un cliente desconocido. No se estudió o se quiso ignorar la marcha del mercado persistiéndose en fabricar sin antes asegurarse la venta de toda la producción. Y al no frenarse la utilización en algún porcentaje de las fuerzas productivas, que hubiese sido lo sensato, se ocasionó el abarrotamiento de los almacenes con sus mercancías.

El hecho de que guardarán sus productos en los almacenes no obedecía a que los quisiesen proteger de la caída de precios, sino a que no podían vender ni siquiera a los bajos precios existentes, porque otros productores los tenían aún más baratos. Aquí no funcionaba el mercado del vendedor sino el del comprador.

Aun viviendo dentro de esta severa crisis de fines del siglo XVIII, se mantuvo el ritmo productivo acostumbrado. Posteriormente, para aminorar los obstáculos se pretendió, primero, mejorar la calidad y encontrar nuevos compradores y luego, disminuir bruscamente la producción.

En el Cuadro No. IV vemos que la principal plaza para el obraje de Cacamarca la constituía el mercado de Oruro con una media de 37.4

por ciento sobre el total de las ventas. Pero todo lo que se remitía no se vendía inmediatamente sino años después y todas las ventas que se lograban hacer eran en plazos. En consecuencia los stocks de mercaderías de este obraje en Oruro eran muy altos ya en 1767. Sin embargo, se persistió en el envío, porque se estaba acostumbrando a tenerla como principal mercado. Se creyó en un primer momento, que la causa estaría en el cambio de administración de la de los jesuitas a la de Temporalidades. Por ello se buscó seguir la misma técnica empleada por ellos y se mantuvo a todo el personal especializado o se trató de mejorar éste. Se ensayaron mejoras en la calidad y variedad de los tintes, en el enfurtido y en el grosor de las telas. De la misma forma se buscó tratar de imitar los paños de Quito que a la sazón ya no llegaban a Huamanga. Pero la necesidad de importantes inversiones de capital en telares, lisos, y gente especializada frenó los arrestos en Cacamarca. No así en Chincheros, donde se ejecutó el proyecto pero sin que se hubiera alcanzado los resultados esperados.

Por lo pronto, si observamos detenidamente el Cuadro No. III, vemos que a partir de 1775 hay una tendencia a utilizar insumos de mejor calidad. En el caso de los tintes se reemplazó a la tara que hasta ese momento se utilizaba proporcionalmente más, por un mayor uso del añil y brasil, cuyos costos eran mucho más elevados que el de la primera. Empero, paralelamente hay un descenso en la utilización de enjebes. ¿Por qué se produjo esto? ¿Para compensar los gastos o por que la técnica les indicaba que a mayor tintura las telas necesitaban menos enjebes?

Paralelamente, se persistió en continuar con la producción a ritmo normal y hasta acelerado, no obstante los grandes stocks que existían en las tiendas de sus factores y al interior del mismo obraje, que con el correr de los años se harán más voluminosos. Había una sobreproducción que no es característica del momento sino que acompañó la producción de los obrajes desde el siglo XVI, aunque en este momento había alcanzado dimensiones insospechadas.²⁵ Dentro de esta coyuntura hubo un administrador que, deseando hacer producir la maquinaria constantemente, salvando todos los imponderables, no encontró otra salida que echar mano de los colchones de la casa para que la producción no se paralice.²⁶

Sincrónicamente, desde los burócratas de Temporalidades en Lima, pasando por sus delegados en Huamanga hasta el administrador y mayordomo, se preocuparon por encontrar otros mercados que reemplazasen las plazas mineras, y lo primero en lo que se detuvo su mira fué

en los corregidores. Si nosotros vemos Cuadro No. IV, notaremos que a partir del año 1776 hay una clara variación del rumbo, se va dejando de lado Oruro y se vende más a los corregidores de los alrededores o zonas más distantes. En el afán por venderles se les llevaba la ropa hasta el lugar donde se iba a efectuar el reparto.

Para capturar este mercado se buscó influir en los nombramientos de estas autoridades con el fin de que recaigan en gente allegada, pero sobre todo que le deba favores, y así lograr un mayor expendio. En caso contrario, desde el preciso momento en que recibían sus cargos en Lima, se les acosaba para demostrarles las bondades de sus productos, se les hacía ofrecimientos o regalos, y por último se les amenazaba con sanciones de tipo social, político y religioso: "...si el provisto corregidor de Anadaguaylas ... aspira a un *buen nombre* y *salvación* deve coger ropa de Cacamarca..."²⁷ Pero en esta carrera no se encontraba sólo el obraje de Cacamarca sino todos los de la región que se declararon una guerra a muerte, que no cejaba hasta el momento mismo de poner en manos del corregidor las telas. Aquí también los chorrillos y la producción casera les jugarían una mala pasada a los obrajes, porque los corregidores la preferían por sus bajos precios sin importarles su mala calidad ni el rechazo de los naturales de la región que preferían la de Cacamarca, por ser más durable. Para los corregidores esto no constituía una cualidad sino un defecto, ya que los repartos de telas no podían ser continuos, con lo que sus márgenes de ganancia se reducían por partida doble, por volumen y por diferencia de precios. Los repartos de tejidos en las zonas productoras no estaban ausentes como se piensa. En la provincia de Vilcashuamán se acostumbraba a repartir 16000 varas de ropa que correspondía a un reparto per cápita de 2.7 varas.²⁸ Aun cuando esta provincia era obrajera, no toda su gente trabajaba en obrajes, y por tanto el reparto se les podía efectuar sin dañar los intereses de las unidades de producción.

A partir del año de 1781 los mercados mineros y los corregidores dejarán de tener toda significación para los obrajes de la región. A la decadencia de los minerales de Oruro se sumó, a raíz de la rebelión de Túpac Amaru, el corte de toda comunicación con las provincias del sur - este, "tierras de arriba" como se las denominaban en Huamanga, y, como su consecuencia la supresión del reparto mercantil de los corregidores. Por lo tanto, la búsqueda de nuevos mercados se tornó obsesiva. Se optó por Lima, a donde se remitió un considerable volumen. En lo que quisiéramos destacar es que casi inmediatamente a su llegada toda la

ropa se vendió. Por eso nos preguntamos – ¿cuáles fueron los motivos, aparte de lo dificultoso del camino, para que no se ensayará antes con este mercado? ¿Es qué se prefirió primero agotar toda posibilidad regional que aminorarse los costos del transporte? ¿O es qué antes las telas huamanguinas no tuvieron posibilidad de venderse allí al encontrarse colmado el mercado limeño por las telas quiteñas, y sólo a partir de los años setenta en que dejaron de llegar, el campo quedó libre para éstas? Las respuestas quedan aún por esclarecerse. Sin embargo, sabemos que Huamanga y sus alrededores también reemplazaron a los antiguos mercados. Como podemos observar a través del Cuadro No. IV, la masa de telas vendidas en ella, a partir de ese año, sería mayor.

Agravada la situación desde el año de 1780, el obraje de Cacamarca para hacer frente a los bajos precios que obtenía por sus productos y las pocas posibilidades de venderlos en el comprimido mercado, optó por hacer menos inversiones de capital en los insumos de producción, sin un cambio parecido en los de consumo. Del mismo modo hizo descender sus volúmenes de producción.²⁹ Si la utilización de los tintes continuó más o menos pareja, se debió a los stocks almacenados de los años anteriores. Pero la *maquipuska* que anualmente se compraba, a partir de este año fue completamente dejada de lado. Con esta medida el ahorro anual sería de cerca de mil pesos. Obviamente la calidad de las telas bajó.

En 1785 el obraje de Cacamarca retornará a sus antiguas dueñas, las Monjas Carmelitas, y afrontaría nuevos problemas como la inestabilidad por la transmisión del mando, despojo de las haciendas anexas que fueron de los Jesuitas y otros. Mientras tanto, los de Chincheros y Pomacocha seguirían con su marcha a trompicones, con la esperanza de encontrar salidas a sus productos. El de Chincheros, que en 1777 producía 28940 varas, fue bajando su producción gradualmente hasta el año 1799, en que sólo produjo 1536 varas, que en su casi totalidad estuvieron destinadas a solventar los gastos de los trabajadores.

El Cuadro No. IV nos muestra igualmente que el mercado interno de la región era bastante débil, pero que se mantuvo más o menos estable y constante para los obrajes de Cacamarca, Chincheros y Pomacocha. Este estuvo representado por la ciudad de Huamanga y sus alrededores, y las ferias de Cocharcas y Chapi. El impacto de importaciones de manufacturas europeas en los pueblos rurales de la provincia de Huamanga no se había dejado sentir ni en la última década del siglo XVIII. Las apariciones de estas manufacturas eran muy esporádicas y débiles, mientras que los paños de Quito habían dejado el campo libre a las de fabricación regional. Las ferias regionales, de creación religiosa

que derivarían hacia las prácticas mercantiles aprovechando la concentración de la gente, eran importantes mercados de compra-venta de los productos regionales, como también eran las ventanas de ingreso a la región de los importados. Sin embargo, sus altos precios con respecto a los regionales los tornaban accesibles sólo a determinados estratos de la sociedad y no así para la masa indígena. Los volúmenes de telas expendidos en el mercado interno fueron menores a los enviados a Oruro y vendidos a los corregidores. Pero su real importancia sólo la podremos medir hasta que conozcamos cuál de los dos sectores aportaban más en su sostenimiento con auxilios pecuniarios rápidos derivados de las mayores o menores ventas a plazos o al contado en cada uno.

NOTAS

- * Este artículo está basado en fuentes consultadas en los siguientes archivos: Archivo General de la Nación, Lima, Archivo Departamental de Ayacucho y Sala de Investigaciones de la Biblioteca Nacional, Lima. Originalmente preparado para la conferencia de Bielefeld, mientras tanto ha sido publicado en la *Revista del Archivo Nacional* (Lima, 1985).
- 1. AGN(P). Real Audiencia, Causas Civiles (1602), leg. 6, cuad. 19, ff. 360r-362r.; Fernando Silva Santisteban, *Los obrajes en el virreinato del Perú* (Lima, 1964), pp.146-147; Emilio Romero, *Historia económica del Perú* (Buenos Aires, 1949), I, 204-205; Raúl Rivera Serna, (paleógrafo), *Libro del Cabildo de la ciudad de San Juan de la Frontera, 1539-1547* (Lima, 1966), pp.43, 55, 58, 158, etc.
- 2. ADA, Protocolo No. 43 (1672-1673).
- 3. Miriam Salas de Coloma, *De los obrajes de Canaria y Chincheros a las comunidades indígenas de Vilcashuamán, siglo XVI* (Lima, 1979), pp.22-23.
- 4. Ibid., p.28.
- 5. Ibid., cap.I y pp.133-134.
- 6. Ibid., cap.II.
- 7. Ibid., p.144.
- 8. Ibid., pp.69-70.
- 9. Ibid., pp.72-81, 108-111.
- 10. Ibid., pp.57.
- 11. John Fisher, *Minas y mineros en el Perú colonial, 1776-1824* (Lima, 1977), pp.26-31; Carlos Assadourian, *El sistema económico colonial: Mercado interno, regiones y espacio económico* (Lima, 1982), pp.121-122.
- 12. ADA, Aramburu, Protocolo No. 9 ff., 98r-198v.
- 13. AGN(P), Derecho indígena (1729), leg. 14, cuad. 238, 248.
- 14. Salas, *De los obrajes de Canaria y Chincheros*, p.86.

15. Ibid., pp.86 - 88.
16. Ibid., pp.90 - 95.
17. Silva Santisteban, *Los obrajes en el virreinato del Perú*, p.118.
18. Ver Cuadro No. III.
19. Assadourian, *El sistema económico colonial*, p.205; Jürgen Golte, *Repartos y rebeliones: Túpac Amaru y las contradicciones de la economía colonial* (Lima, 1980), p.65.
20. Ver Cuadro No. III.
21. Fisher, *Minas y mineros*, p.34.
22. D. Juan Antonio Gonzales de Quiroga, Factor en Oruro, al Director General de Temporalidades en Lima. Oruro, Junio 10 de 1771, AGN(P), Temporalidades (1776 - 77), leg. 286.
23. D. Manuel Ruíz de Ochoa, administrador de Cacamarca, al Director de Temporalidades en Lima. Cacamarca, Junio 28 de 1777, AGN(P), Temporalidades (1776 - 77), leg. 286.
24. Witold Kula, *Teoría económica del sistema feudal* (Buenos Aires, 1974), p.89.
25. Miriam Salas, "El obraje de Chincheros".(Tesis, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1976), p.195.
26. D. Cayetano Ruíz de Ochoa, administrador del obraje de Cacamarca, al Director de Temporalidades en Lima. Cacamarca, Diciembre 30 de 1772, AGN(P), Temporalidades (1776 - 77), leg. 286.
27. D. Cayetano Ruíz de Ochoa al Director de Temps. en Lima, Cacamarca, Setiembre 10 de 1776.
28. Golte, *Repartos y rebeliones*, pp.88 - 89.
29. Ver Cuadro No. III.

ANEXO: TABLAS OBRAJES DE CACAMARCA I - IV

CUADRO I: *Lanas, Aprovechamiento*

R E G I O N E S A B A S T E C E D O R A S								
Huancavelica			Jauja			Collao		
Año	Blanca a lb.	Negra a lb.	%	Blanca a lb.	Negra a lb.	%	Blanca a lb.	%
1767	-	-	0.0	-	-	0.0	831.00	100.0
1768	-	-	0.0	-	-	0.0	2293.21	100.0
1769	-	-	0.0	200.00	1436.23	38.8	2580.00	61.1
1770	150.00	-	4.6	-	200.00	6.2	2862.00	89.1
		(10.00)			(7.00)		(326.00)	
1771	-	80.00	2.2	98.00	1095.10	29.5	2390.00	68.2
1772	-	-	0.0	1500.00	650.00	43.2	2820.00	56.7
				(20.00)			(465.00)	
1773	-	-	0.0	324.00	479.00	20.0	2815.00	79.9
	(4.13)				(11.00)		(17.19)	
1774	75.12	-	3.1	-	189.00	7.9	2212.17	88.8
							(27.00)	
1775	75.00	75.00	5.0	-	450.00	11.6	2352.00	79.8
1776	-	-	0.0	-	400.00	11.6	3040.00	88.3
1777	-	-	0.0	-	-	0.0	2079.00	100.0
							(500.00)	
1778	-	-	0.0	-	400.00	9.1	3470.00	90.8
1779	-	-	0.0	-	300.00	11.2	2372.00	88.7
1780	-	-	0.0	-	600.00	17.9	2379.00	82.0
1781	-	-	0.0	1800.00	300.00	78.4	*577.00	21.5
1782	-	-	0.0	2400.00	1000.00	100.0	-	0.0
1783	-	-	0.0	638.00	1327.00	100.0	-	0.0
1784	-	-	0.0	-	-	0.0	-	0.0
1785	-	-	0.0	-	-	0.0	-	0.0
Media			0.9			28.8		70.3

Fuentes: ADA; AGN(P); BNP;
 Datos en parentesis: Miriam Salas.

...sigue CUADRO I: *Lanas, Aprovechamiento*

T O T A L E S							
I n g r e s o				C a l i d a d e s			
Envío a lb.	Ingreso a lb.	Merma a lb.	%	Blanca a lb.	%	Negra a lb.	%
1767	-	-	-	831.00	100.0	-	0.0
1768	2293.21	2293.21	-	2293.21	100.0	-	0.0
1769	4216.23	4216.23	-	2780.00	65.9	1436.23	34.1
1770	3212.00	3212.00	-	3012.00	93.8	200.00	6.2
1771	4066.10	3723.10	343.00	2548.00	68.4	1175.10	31.6
1772	4970.00	4970.00	-	4320.00	86.9	650.00	13.1
1773	4103.00	3618.00	485.00	3139.00	86.8	479.00	13.2
1774	2510.06	2477.04	33.02	2288.04	92.4	189.00	7.6
1775	2979.00	2952.00	27.00	2427.00	82.2	525.00	17.8
1776	3440.00	3440.00	-	3040.00	88.4	400.00	11.6
1777	2079.00	2079.00	-	2079.00	100.0	-	0.0
1778	4370.00	3870.00	500.00	3470.00	89.7	400.00	10.3
1779	2672.00	2672.00	-	2372.00	88.8	300.00	11.2
1780	3339.00	3339.00	-	2739.00	82.0	600.00	18.0
1781	2677.00	2677.00	-	2372.00	88.8	300.00	11.2
1782	3400.00	3400.00	-	2400.00	70.6	1000.00	29.4
1783	1975.24	1965.20	14.04	638.00	32.5	1327.20	67.5
1784	-	-	-	-	-	-	-
1785	-	-	-	-	-	-	-
Media			2.2		83.4		16.6

CUADRO III: *Telas tejidas: Volúmenes de Producción y Existencias*

Año	C A R G O				TOTAL	D E S C A R G O			
	Tejidas del año		Existentes			Utilizadas (teñidas)		S a l d o	
	varas	%	varas	%		varas	%	varas	%
1767	16089	30.7	36220	69.2	52309	8723	16.6	43586	83.3
1768	45815	51.2	43586	48.7	89401	52810	59.0	36591	40.9
1769	45700	55.5	36591	44.4	82291	50679	61.5	31612	38.4
1770	34577	52.2	31612	47.7	66189	50009	75.5	16180	24.4
1771	48460	74.9	16180	25.0	64640	45526	70.4	19144	29.5
1772	51335	72.8	19114	27.1	70449	38009	53.9	32440	46.0
1773	43480	57.2	32440	42.7	75920	32900	43.3	43020	56.6
1774	37131	46.3	43020	53.6	80151	17807	22.2	62344	77.7
1775	42160	40.3	62344	59.6	104504	41689	39.8	62815	60.1
1776	47540	43.0	62815	56.9	110355	50770	45.8	59585	53.9
1777	51188	46.2	59585	53.7	110773	31000	27.9	79773	72.0
1778	41780	34.3	79773	65.6	121553	51555	42.4	69998	57.5
1779	41480	37.2	69998	62.7	111478	55953	50.1	55525	49.8
1780	41080	42.5	55525	57.4	96605	35745	37.0	60860	62.9
1781	24040	28.3	60640	71.6	84680	22040	26.0	62640	73.9
1782	15734	20.0	62640	79.9	78374	16800	21.4	61574	78.5
1783	15480	20.0	61574	79.9	77054	24838	32.2	52216	67.7
1784	2480	4.5	52216	95.4	54696	37159	67.9	17537	32.0
1785	2800	13.7	17537	86.2	20337	4815	23.6	15522	76.3
Media		40.5		59.3			42.9		56.9

Fuentes: ADA; AGN(P); BNP.

CUADRO IV: Telas Teñidas y Beneficiadas: Mercados

Año	Total Mercados varas	H u a m a n g a			P l a z a s			L i m a			F e r r i a s			C o c h a r c a s			C h a p i			C o r r e j i d o r e s			N i n a m b a (T e m p e)		
		varas	%	varas	%	varas	%	varas	%	varas	%	varas	%	varas	%	varas	%	varas	%	varas	%	varas	%		
1767	2480	1878	75.7	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	602	24.2			
1768	21488	4835	22.5	10466	48.7	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	5284	24.5			
1769	44756	2342	5.2	40000	89.3	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	1414	3.1	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	1000	2.2		
1770	49043	1583	3.2	40020	81.6	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	5940	12.1	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	1500	3.0		
1771	47081	1244	2.6	30326	64.4	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	2010	4.2	2000	4.2	10001	21.2	1500	3.1	1500	3.1			
1772	34163	4180	12.2	26083	76.3	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	2400	7.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	1500	4.3		
1773	35637	6070	17.0	15700	44.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	2300	6.4	-	0.0	-	8007	22.4	3560	9.9	3560	9.9		
1774	11735	2817	24.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	2000	17.0	1430	12.1	9988	33.9	1500	12.7	1500	12.7			
1775	32444	3578	11.0	25541	78.7	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	2000	6.1	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	1325	4.0		
1776	29950	4194	14.0	11756	39.2	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	2000	5.6	-	0.0	-	12000	40.0	-	0.0	-	0.0		
1777	36304	5431	14.9	11873	32.7	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	2000	5.5	-	0.0	-	15000	41.3	2000	5.5	2000	5.5		
1778	43317	1235	2.8	15562	35.9	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	2000	4.6	-	0.0	-	24520	56.6	-	0.0	-	0.0		
1779	19567	11342	57.9	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	-	0.0	-	0.0	-	8225	42.0	-	0.0	-	0.0		
1780	30216	4005	13.2	11987	39.6	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	2000	6.6	-	0.0	-	12224	40.4	-	0.0	-	0.0		
1781	5752	3752	65.2	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	2000	34.7	-	0.0	-	-	0.0	-	0.0	-	0.0		
1782	31884	10435	32.7	-	0.0	-	0.0	-	19449	60.9	2000	6.2	-	0.0	-	0.0	-	-	0.0	-	0.0	-	0.0		
1783	26215	10284	39.2	-	0.0	-	0.0	-	15913	60.7	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	-	0.0	-	0.0	-	0.0		
1784	17587	15387	87.4	-	0.0	-	0.0	-	0.0	-	2000	12.5	-	0.0	-	0.0	-	-	0.0	-	0.0	-	0.0		
1785	29475	1557	5.2	24076	81.6	3842	13.0	-	0.0	-	0.0	-	-	0.0	-	0.0	-	-	0.0	-	0.0	-	0.0		
Media		26.6		37.4			7.0		6.9		0.8							17.5					3.8		

Fuentes: ADA; AGN(P); BNP.